

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 93

ERNESTO MAYZ VALLENILLA  
EL PROBLEMA DE AMERICA



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



**ERNESTO MAYS VALLENILLA**  
**EL PROBLEMA DE AMERICA**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES**  
**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**  
**Facultad de Filosofía y Letras**  
**UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA**



ERNESTO MAYS VALLENILLA (1925) filósofo venezolano, autor de diversos libros tales como *La idea de Estructura psíquica en Dilthey: Fenomenología del conocimiento*; *Ontología del conocimiento*, *El problema de la nada en Kant* y otros más. Estudió en las Universidades de Göttinger y Friburgo; en la última tomó cursos con Martín Heidegger. Fue Profesor en la Universidad Central de Venezuela; Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Rector de la Universidad Simón Bolívar, durante varios años haciendo de ella un modelo a seguir en el campo de los estudios superiores.

En diversas reuniones y participaciones mostró un especial interés para la problemática de esta nuestra América. El rico bagaje que ha hecho suyo por sus estudios en Europa, le capacitaron para realizar un enfoque original sobre la problemática americana desde el punto de vista filosófico. Tal es lo que realiza en el ensayo que publicamos. Un trabajo ya clásico sobre este importante tema, el Problema de América.



## EL PROBLEMA DE AMERICA\*

*Ernesto Mayz Vallenilla*

Por todas partes se oye repentinamente expresar el deseo de crear una cultura americana que acuse rasgos de originalidad. En este programa se postula casi siempre que la cultura de América debe ser autóctona. Que debe buscarse *lo original americano*. Que debe desecharse todo patrón, modelo o paradigma, que pueda velar, ocultar, o desvirtuar *lo originario*. En esto se encerraría la manifestación absolutamente singular de un nuevo espíritu dentro de la Historia Universal. El afán por alcanzar autoctonía nos está diciendo desde ahora que nuestra América (*Latinoamérica*) lucha por conseguir un puesto dentro de la Historia Universal.

Pero aun antes de responder si esto es posible a la altura de nuestro propio tiempo, si es tarea verificable o realizable mediante los recursos de que disponemos, a todo meditador que no se engañe y examine el fenómeno en lo que tiene de existencial y propio, no puede ocultársele una cosa: que semejante búsqueda y proyecto de crear una cultura "original" nace de fuentes y raíces muy recónditas que es preciso analizar para explicarse su razón de ser y sus auténticas posibilidades de realización. ¿A qué se debe, en efecto, que el americano de hoy clame tanto por "la originalidad" como desiderátum absoluto e indispensable de todo afán cultural genuino y absolutamente auténtico? ¿De qué raíz se nutre ese deseo de hacer una obra que sea tan peculiar, propia y personal, que al mismo tiempo pueda erigirse como definición y signo elocuente de una vida y de un modo de existir perfectamente individualizado dentro de la Historia Universal? No aventuraremos por lo pronto una respuesta absoluta a esa pregunta.

Mas ya es posible vislumbrar que el afán de "originalidad" —en cuanto preocupación histórica— viene condicionado al propio tiempo por una visión, o quizás una vivencia, de la propia Historia Universal. ¿Cómo se siente el americano de hoy dentro del concierto de la Historia Universal? El hecho mismo de que se ensaye una búsqueda tan apasionada por "la originalidad" del gesto y de la obra, ¿no nos está diciendo que ello traiciona una profunda *insatisfacción* —y aún más radicalmente dicho— *una radical inseguridad* ante la Historia? ¿Qué otra

explicación cabe dar a un fenómeno como el apuntado si no es la de que se busca la "originalidad" (y hasta la "originariedad") porque no se tiene? Para intentar conseguir algo, ¿no debe el hombre comenzar por sentirse menesteroso de ello? ¿No nos está diciendo, acaso, esa desesperada búsqueda de "la originalidad" en el hombre americano, que éste ha comenzado por sentirse como un ser aún *indefinido* dentro de la Historia Universal y busca afanosamente asegurarse de aquello que considera un requisito indispensable para "empezar a ser"? ¿Y por qué ese afán de "empezar a ser" distinto y radicalmente "nuevo" frente a los demás? ¿Por qué ese temor de ser "confundido" con otros, que lo impulsa tan ardientemente a la búsqueda de su modo de ser "original" y "originario"?

Sin aventurar una respuesta categórica a semejantes interrogaciones bien podríamos decir que ese síntoma de fragilidad y precariedad históricas, de inconsistencia e indefinición, de no sentirse aún plenamente realizado —de "no ser-todavía"— parece encontrarse plenamente reflejado en el afán de que embarga hoy al nombre americano y que traslucen sus quehaceres culturales.

Pero la meditación no puede detenerse aquí. Pues es necesario y urgente preguntarse si un síntoma como el que revelamos tiene su razón de ser auténtica —casi su justificación— o si por el contrario, brota de una falta de claridad en la manera misma de plantearse el hombre americano la posibilidad de realizar un quehacer cultural "original". Si fuera esto último, el "afán por la originalidad", antes que rasgo de valor positivo, revelaría una maligna fuente y un signo incluso negativo: una falta de fuerza y potencia en nuestro espíritu para comprender nuestro propio destino. En tal caso la búsqueda y el afán de "originalidad" sería lo menos original del mundo. Ello traicionaría un grave complejo de inferioridad histórica. ¿No mueve, acaso, semejante complejo de inferioridad histórica, a muchos de los planteamientos "indigenistas" que se ensayan hoy dentro del quehacer cultural americano? ¿Cómo diferenciar de semejantes tendencias negativas aquellas en que el afán de originalidad es auténtica manifestación de un espíritu positivo y fruto del encuentro de nuestro modo de ser histórico?

Nuestra opinión en tal sentido se inclinaría a creer que, si partimos del "supuesto de que nos falta originalidad en nuestro modo de ser, y que para alcanzarla debemos incardinar un pretérito (que no es el nuestro) a nuestra historia —o ser de otra manera a como hasta ahora hemos sido— lo que ganaríamos sería algo perfectamente negativo. Antes que una base positiva y firme, aquel comienzo representaría un terreno movidizo, lleno de supuestos incontrollables y hasta absurdos, que en lugar de favorecer un auténtico y radical punto de partida,



atentaría incluso en contra de la posibilidad de una genuina autonomía en la creación cultural. Partiendo de semejantes bases llegaríamos siempre a una situación que nos impediría movernos libremente y alcanzar a ser verdaderamente "originales". En otras palabras, estaríamos embargados por un complejo de inferioridad histórica que no nos dejaría movernos libre y espontáneamente en la búsqueda de nuestro propio ser, porque nos ocultaría nuestra radical "originalidad".

La originalidad de nuestras creaciones no la alcanzaremos desvirtuando nuestro modo de ser actuales —yendo de alguna manera en contra de nuestra propia historia de criollos— o proyectando ser de una manera radicalmente nueva o novedosa. Esto no pasaría de ser un programa a priori, intelectual o teórico, pero en forma alguna un genuino quehacer cultural que nazca preñado de fuerzas verdaderamente originales y libérrimas. El único recurso que queda para ser originales y originarios en las creaciones es entregarnos a vivir lo más auténticamente posible nuestro propio modo de ser... hombres de un Nuevo Mundo.

Esto quiere decir que no debemos partir de la falsa base de creernos —desde ahora— faltos de originalidad o carentes de originariedad históricas. Es decir, truncos en nuestro ser, simples imitadores de otros, o herederos de un pasado (indígena o occidental) que no nos pertenece como verdadera *Tradición*. Al contrario, debemos afirmarnos en la creencia de que, haciendo lo que hagamos, y siendo fieles a la altura de nuestro propio *tiempo histórico*, si lo hacemos con radicalidad y no nos traicionamos, puede ser que —sin proponérselo y sin siquiera saberlo estemos alcanzando "la originariedad" de nuestro propio ser hombres del Nuevo Mundo y con ello, también, un estilo "original" de ser históricos dentro de la Historia Universal.

¿En qué consiste este "ser americanos"? Plantearse así la pregunta es una cuestión a la que falta todo sentido y autenticidad. El "ser del latinoamericano" no puede revelarse súbitamente, ni por obra de un discurso intelectual preparado a priori. Como ser histórico que es, él necesitaría irse revelando pacientemente en el tiempo y en la historia. Atentos sí debemos estar para descubrir e interpretar aquellas manifestaciones que lo anuncien y denuncien. Para cumplir esta tarea nada mejor que atender a los poetas: instrumentos del ser y portadores de sus misterios.

Mas tampoco los poetas, y los artistas en general, deben impacientarse por ser "originales". La realidad del ser no aparece obligándola a presentarse en palabras o intuiciones fingidas e inventadas afanosamente. Sólo en la medida en que los poetas y artistas se dejen ganar por los misterios, y hagan de ellos su

cotidiana morada, se les revelará lo original del ser. No des-  
punta éste en relámpagos furtivos; necesita apacentarse con  
paciencia. Es lo cotidiano y familiar' lo que todos dicen sin sa-  
ber ni darse cuenta que lo dicen, lo absolutamente cercano e  
íntimo al poeta: lo que mora en las moradas del poema.

Vana ilusión y camino equivocado son, pues, querer descu-  
brir nuestra América siendo programáticamente "originales"  
o reconquistando un pretérito que no nos pertenece para fijar  
en él nuestra "originalidad". Dejemos que América aparezca y  
la experiencia del ser venga a la luz a través del tiempo extasia-  
do de futuro. ¿Implica esto un quietismo, una actitud mera-  
mente receptiva, o un rastro de alquimismo "realista"? La sola  
pregunta —y su conciencia— implica *eo ipso* su denegación.  
Nuestra actitud sólo se entendería rectamente si se tiene en  
cuenta que partimos de una idea que combate, por igual, a  
toda actitud receptiva (realista) o fingidamente creadora (falso  
idealismo). Ella es la que se condensa en la siguiente enuncia-  
ción: por *ser americanos*, ya en este nuestro "ser" nos está dada  
la comprensión *original* de América.

El camino diseñado para la hermenéutica existencial del ser  
americanos —hombres del Nuevo Mundo— debe ser, enton-  
ces, iluminar aquella comprensión preontológica del Mundo  
en que vivimos y en el que somos seres-en-el- mundo. Pero esto  
se opone a todo falso planteamiento que intente buscar una  
"originalidad" como algo de que todavía carecemos. Pues se-  
mejante planteamiento parte de la falsa base de suponer una  
carencia de aquella comprensión. O —lo que es más fatal toda-  
vía— de concebir la tarea cultural de la búsqueda de la "origi-  
nalidad" como obra de un sujeto a quien falta su Mundo y la  
inherente comprensión preontológica de su ser-en-el-Mundo.  
De ello, como una grave consecuencia, resulta ese afán de ser  
"originales" por la originalidad misma. Partiendo de concebir  
a un sujeto que carece de Mundo, o que no está seguro del su-  
yo, hay por tanto que "asegurarse" previamente la existencia  
de éste haciéndolo incluso aparecer como "original".

He aquí que estamos frente al pecado original de América:  
la radical *inseguridad* y *desconfianza* de aquellos que pretenden  
buscarla, pero que no sienten ni tienen comprensión para su  
posesión originaria. ¿Cómo superar semejante desconfianza e  
inseguridad? Sólo un camino queda. No el de la ciega fe o la  
creencia en un "Nuevo Mundo" que ya —por obra de una pro-  
videncia o de un azar histórico —nos esté dado como una "rea-  
lidad" "nueva"; no tampoco el de mostrar a priori, intelectual  
o teóricamente, la "originalidad" del Nuevo Mundo; sino  
plantear el problema desde la base anunciada. Como america-  
nos que somos nuestro "ser" tiene ya, en cada caso, una com-  
prensión originaria de América en la que se halla implícito el

sentido del ser “nuevo” —original— de este “Nuevo Mundo”. Dejar que el sentido del ser original de América venga a la luz mediante la analítica existencial de nuestra preontológica comprensión de seres-en-un-nuevo-Mundo... He aquí el cambio a recorrer a lo largo del tiempo y de la historia: la historia original de América.

¿Pero no nos está diciendo ya esto que el primer paso a dar debe ser justamente aclarar qué es “lo nuevo” —el novum—, de nuestro ser-en-el-Mundo? ¿En qué radica semejante “novedad”? ¿Cómo entenderla? ¿Desde dónde?

## I

### EL NUEVO MUNDO

Que América haya sido llamada el *Nuevo Mundo* es un hecho que parece responder a razones más complejas y profundas que las simplemente metafóricas. Más que una metáfora, o que una afortunada coincidencia del cognomento con lo designado, tras del “Nuevo Mundo” se adivina y se revela un sustrato de realidad verdaderamente “original”, un horizonte caracterizado por “lo novedoso” o “nuevo” de la perspectiva histórica, en síntesis, un “mundo” realmente “originario”, valga decir, autóctono.

¿Pero en qué consiste “lo mismo” —es decir, “Lo original”— con que aparece revestido el Mundo Americano? ¿En qué radica la “originariedad” de su sustrato autóctono?

Fácil nos es mostrar que “lo nuevo” o “novedoso” del Mundo americano no puede consistir en “Lo Nuevo” de sus entes intramundanos (cosas, paisajes, frutos, etc.), ya que con todo lo que estos puedan tener de peculiar, bastaría con que ellos se transplantasen a otras regiones, o que las culturas de otras regiones dominasen y transformasen el área del territorio americano, para que cesase automáticamente la “novedad” y “originalidad” de éste. Pero, en rigor, ha sucedido todo lo contrario. Mientras América se hace más universal, extendiendo sus cosas autóctonas más y más por otros “mundos”, o, a la inversa, éstos invaden con su influencia el territorio americano, imponiendo la participación de América en la cultura universal, más radical y definitiva parece, sin embargo, la presencia del “novum” encarnado por el Nuevo Mundo y la existencia de su “originariedad”.

Lo perentorio del afán con que hoy se plantea en las ciencias la tarea de descifrar la existencia de ese “novum”, es prueba y testimonio fehaciente de que la *originariedad* de América desborda los estrechos límites de un hecho meramente fortuito, accidental o pasajero, para convertirse en nervio y en

motor de una profunda concepción del “Mundo” que lucha por reconocerse, por revelarse y expresarse. Es —para decirlo en palabras técnicas— un dato de características ontológicas que resiste toda enajenación óptica externa. Más que un accidente histórico, ancilar y secundario, que bien podría transformarse u olvidarse sin mayores consecuencias, el sentir que su Mundo constituye realmente algo :“originario” es como una “voz” que parece resonar insistentemente en lo más profundo de la conciencia cultural del hombre americano. Descifrar y revelar en qué consiste ello, dónde radica, qué Signo y Sino impone dentro de su concepción del mundo, se ha trocado para él en un imperativo de conciencia: en un deber histórico. Sin saber en qué se base “lo nuevo” de su Mundo, dónde se funda su “originariedad”, y, en síntesis, qué rasgos ontológicos definen el ser histórico del americano, este hombre no se siente vivir en plenitud y con autenticidad verdaderamente radical. Tal es lo que experimenta hoy en su conducta y lo que define profundamente ese estado de conciencia en que parece debatirse. ¿Conciencia desgarrada? ¿Conciencia desesperada o insatisfecha de sí misma? ¿Conciencia atormentada y confusa de mestizo o de criollo? No. Es clara y rigurosa conciencia —incluso ya “metódica” —que en trance de autorrevelación se busca a sí misma en la aventura de comprender “lo nuevo” de su Mundo y el mensaje de su “originariedad”.

Buceando en lo profundo de semejante búsqueda, algunos hemos llegado a convencernos de que “lo nuevo” u “original” del Mundo americano —aquello en que destella su “originalidad” —antes que responder a una peculiaridad de los entes intramundanos que componen el contorno de su paisaje externo, debe radicar en un *temple de conciencia* del habitante o morador del Nuevo Mundo, gracias al cual —actuando a la manera de un revelador existencial— el “Mundo” “aparece” como “Nuevo”.

Es la existencia del hombre —y no el Mundo como *factum brutum*— la instancia constituyente de la “originariedad” de América. Pero... ¿cuál es entonces semejante acto o temple existencial que así determina la apariencia del Mundo americano? Sin duda que se trata de un cierto haz estructural de actos prospectivos —donde quizás el temple de una Expectativa sea lo más fundamental— pues sólo desde semejante temple, y gracias a las características ontológicas existenciales que le son inherentes, es posible que el “Mundo” aparezca como un “Nuevo Mundo” y con las características ópticas que acompañan a este *factum*.

Es por esto un craso error de perspectiva creer que la tierra americana —con o sin el “Descubrimiento”— constituía un “Nuevo Mundo para el hombre. América es, como *factum*

*brutum*, como emergencia continental de un territorio, un hecho tan viejo o tan nuevo como puede ser la existencia fáctica de cualquiera otro continente o trozo del planeta en que habitamos. Aun el mismo "descubrimiento", como sólo hecho físico o histórico-cronológico, no reporta ningún efecto para la "originariedad" de América. Sólo en tanto que el "descubrimiento" físico se fue convirtiendo en *descubrimiento de conciencia*, y sólo en tanto que en esta conciencia se fue imponiendo el temple de una expectación ante lo Advenidero, el *factum brutum* de la presencia americana fue adquiriendo los caracteres que acompañan a la "originariedad" con que emerge hoy en todas las conciencias de los latinoamericanos... y quizás sólo en ellos. Semejante "originariedad" no se la inventó el Descubridor para su provecho personal, o como fruto de una Sorpresa ante lo nuevo, sino que, al contrario, brotó de la más entrañable *familiaridad* del morador con su mundo en torno. La Expectativa, pues, no fue motivada en la Sorpresa, sino que, incluso la Sorpresa de hallarse viviendo dentro de un "*Nuevo Mundo*" fue el maduro fruto de la familiar y habitual expectación con que el habitante comenzó a vivir y a tratarse cabe su Mundo en torno. Sólo después de un largo y demorado familiarizarse y habituarse cabe su Mundo en torno, a través del temple de una reiterada y constante Expectativa frente a lo Advenidero, al morador americano le sobrevino la sospecha de su "originariedad". Por eso el esquema histórico debe modificarse frente a la interpretación de un hecho que, más que un suceso casual y contingente, representa un dato de capital importancia para comprender la concepción del mundo que resplandece en la conciencia del hombre americano.

Pero al hacer de semejante temple prospectivo la condición de posibilidad básica que diseña nuestra existencia histórica como seres-en-un-nuevo-Mundo, se impone entonces una radical pregunta que debemos contestar sin ambigüedades ni falacias. En efecto, ¿es que por vivir de Expectativa... *no somos todavía?* ¿O será, al contrario, que ya somos... y nuestro ser más íntimo consiste en un esencial y reiterado *no-ser-siempre-todavía?*

Mas, sea cual fuere la alternativa preferida, debemos enseguida plantear otra cuestión: ¿Describe exactamente a semejante Expectativa ese "*no-ser-siempre-todavía?*"? ¿Puede concebirse a éste como un simple y mero "*no-ser*" físico o histórico por acusarse en él un rasgo de ausencia o privación? ¿O, al contrario, habría que ensayar alguna fórmula, un tanto más precisa y rigurosa, que definiera positivamente nuestro propio ser de hombres expectantes? ¿Expectantes de qué? ¿Y por qué esto?

Para contestar debidamente esas cuestiones no hay otro ca-

mino que un acotamiento esencial —fenomenológico, si de quiere— de lo que son los temples prospectivos como ingredientes propiamente existenciales. Pues sólo en tanto se los describa exactamente en sus rasgos ontológicos, será posible saber si las fórmulas que hemos ensayado se ajustan a su realidad. Para verificar una tarea semejante debe ser puesta de relieve la estructura general de semejantes actos, haciendo ver su juego existencial en la conciencia histórica, valga decir, en relación a los éxtasis del Tiempo que adviene y que transcurre.

Mediante estos análisis nos adueñaremos progresivamente de sus rasgos e iremos perfilando nuestro propio ser de americanos.

## II

### LA EXPECTATIVA COMO TEMPLE FUNDAMENTAL DEL HOMBRE AMERICANO

Junto a otro grupo de actos o temples prospectivos —entre los cuales merece la pena que se destaquen la Sospecha y la Curiosidad y el Presentimiento— y formando, por así decirlo, un contexto o estructura con aquellos otros ingredientes, la Expectativa constituye la base fundamental y general de los llamados “*actos emocionalmente prospectivos*”. Lo peculiar de ella —y en general de todos esos temples que se encuentran formando una auténtica amalgama de vivencias— es que, por su especial índole anticipativa, trascienden la vinculación que tiene la conciencia con el Presente, realizando una suerte de Prevención o Previsión (Vorgriepen) de lo Porvenir. Y esto a pesar de ser —en cuantos Actos— presentes y actuales en la misma conciencia.

Semejante Prevención no consiste en que el hombre pueda vivir por adelantado en lo que todavía no se le ha hecho presente —tal sería un absurdo contrasentido— sino en que, mediante su conciencia, por ser ésta extáticamente existente en el acontecer del Tiempo, puede extasiar lo Porvenir en su Presente gracias a una pre-visión. Fenómeno semejante es el que se halla en cualquiera de los temples mencionados y por esto se los llama “prospectivos”. Lo que se espera en ellos no es el correlato de una visión enmarcada en lo puramente “actual” de un Presente, sino que lo “presente” es, más bien, lo Porvenir o Advenidero.

Pero al haber puesto de relieve lo anterior se nos revela, al mismo tiempo, que debemos modificar sustancialmente la noción común de lo “*Presente*” para lograr satisfacer las necesidades del análisis. En efecto no por capricho, sino por un requerimiento que brota desde las cosas mismas, debemos con-

vencernos de que “lo Presente” no puede ser sólo lo meramente “*actual*” —valga decir, lo que tiene una *Presencia actual*— sino que, dentro del Presente, existen “*Presencias*” con características diversas a la de la *Presencia-actual*. En efecto, dentro del Presente, en general, podemos distinguir y separar tres “*Presencias*” perfectamente heterogéneas, entre sí, a saber: 1o) Una Presencia del Pasado (Pasado-Presente); 2o) Una Presencia de lo actual (Presente-actual); 3o) Una Presencia de lo Advenidero (Presente del Futuro).

Justamente de esta última, por ser “Presente”, decimos que existe “actualmente” en la conciencia como un acto suyo; mas, por ser “Presencia de lo Advenidero”, decimos que su correlato no es algo meramente “actual”.

Mas, al propio tiempo, semejantes distinciones nos obligan a caer en la cuenta de que el “ser” del hombre —su Existencia— no puede ser condenado al estrecho ámbito de un existir en lo Presente. Lo que se dice “yo soy” no es simplemente un existir enmarcado y absorbido por un “ahora” meramente “actual”, sino que dentro del propio “ahora” —del Presente de la Existencia debe concebirse esta como existiendo en un Presente del Pasado (de lo que he sido, de mi historia) y de un Presente de lo Advenidero.

En semejante “Presente de lo Advenidero” no puedo ser ni vivir como “vivo y existo” en mi “Presente-actual” (y en ninguna forma, como hemos dicho puedo “vivir” en él), sino que, antes de ser-actual, estoy *pre-siendo*, vale decir, me noto, siento, o aparezco en mi conciencia como un “*no-ser-siempre-todavía*” que, de alguna manera, está siendo positivamente porque existe y puede dar testimonio de su “*cogito*”.

Esto es lo que constituye esencialmente el “*temple*” general de estos actos prospectivos. “Vivir” en prospección —en prevención o previsión del Advenir— quiere decir existir en esta forma de *Pre-SerPresente*. En ella, antes de ocuparme con lo actual, me preocupo y me anticipo hacia el Porvenir en la actitud de una Prevención. Así como en el mero vivir en lo presente soy afectado por “lo actual”, en la Prevención soy pre-afectado por lo que se acerca o adviene justamente como “por venir”.

Es por ello que, entre todos estos actos prospectivos —y constituyendo, por así decirlo, su fundamento general— la Expectativa juega un papel extraordinario. Desde ella se originan, introduciendo, sin embargo, sus propias variaciones y matices, los demás temples anticipativos. Todos son, en el fondo, Expectativa, pero poseen a la vez su peculiar sentido gracias a las características individualizadas de sus respectivos ingredientes ónticos. En tal forma, y sin alterar las cosas, podemos hablar de una Expectativa-esperanzada (cuando es la Es-

peranza el ingrediente adjetival que matiza el temple general), o de una Expectativa del Presentimiento, etc., etc., manifestándose con ello el fenómeno general que se ha puesto de relieve.

Mas, si la Expectativa juega papel o función tan importante, ¿no es justo, entonces, que destaquemos sus rasgos específicos —y su más peculiar significado— antes de avanzar en otras cosas? Efectivamente. ¿Cuáles son, pues, esos rasgos que distinguen a la Expectativa en cuanto tal?

Si analizamos a fondo un temple de conciencia donde ella esté presente, lo primero que encontramos es que la Expectativa surge o se origina ante la llegada de algo que se acerca o adviene inexorablemente y que la Prevención detecta anticipadamente saliendo hacia el encuentro de lo Por-venir. En tal sentido puede decirse que la Expectativa cuenta con la aparición o advenimiento de algo determinado. Esto “determinado”, sin embargo, viene dando solamente por una suerte de “determinación” realizada en base de meras características formales (siendo éstas las notas de “acercante” y “adviniente”; así como el rasgo de “inexorabilidad”, con que se encuentra revestido el algo que en esta forma “adviene”) y mediante las cuales la Prevención descubre o detecta aquello que se aproxima desde lo Porvenir hacia el Presente suscitando expectación.

Sin embargo, a pesar de quedar así “determinado”, lo que la Prevención no puede prevenir, y aún menos conocer determinadamente, son cuáles serán las características concretas con que se presentará lo que se acerca o aproxima. En relación al contenido de semejante advenimiento, a las determinaciones que revestirá cuando llegue o se aproxime hacia el Presente, o, en síntesis, en todo cuanto respecta a lo que llegará a ser cuando traspase los umbrales de la “presencia futura” para asumir su condición de “presencia presente”, reina la más radical y absoluta incertidumbre. Por consiguiente, la Expectativa es un acto esencialmente susceptible, de ser presa del engaño. Al hallarse sometida a la eventualidad más absoluta en relación al contenido de lo que se acerca y adviene, esto puede resultar lo que realmente expectaba, o, al contrario, asumir un contenido por completo diferente. La Expectación sucumbe ante el engaño.

No obstante, si seguimos analizando los caracteres de este temple, podemos constatar que, desde el momento en que hemos afirmado que la Expectativa no puede contar con las características que presentará aquello que se acerca, se debe admitir al propio tiempo, que ella, en cierta forma, cuenta ya con esta esencial susceptibilidad de ser engañada por aquello, con lo que, por lo demás, deja de ser susceptible a todo engaño. El



engaño, pues, se desvanece ante la Expectativa. ¿Es esto una simple paradoja? En absoluto. Justamente en semejante contradicción interna estriba lo más peculiar y decisivo del temple comentado. Es más, de su tensión interna —de la íntima pugna que se suscita entre el saber y el no-saber acerca de lo que adviene y se aproxima, del espectáculo “*determinado*” en la inexorabilidad de su llegada e “*indeterminado*” en relación a lo que será —nace la fuerza dinámica de semejante temple y el motor de su potencia existencial.

Por otra parte, en ella —contrariamente a lo que acontece en los restantes temples— la situación total que hemos descrito no se altera ni transforma disolviendo su tensión. Al propio tiempo que se afirma con desnudo realismo en su expectación frente a lo advenidero absolutamente eventual o azaroso, es incapaz de sucumbir a la ilusión o fantasía introduciendo en la realidad elementos irreales que permitan dominarla falsamente creyendo “conocer”, “sospechar”, o incluso “presentir” su contenido material. Asimismo, distanciándose de todo temple de “esperanza” do “temor”, la Expectativa no sucumbe a la ilusión de creerse capaz de seleccionar o pre-seleccionar valores de ninguna clase (sean positivos o de signo negativo) con los cuales “determinar” la realidad que se aproxime. Simplemente “*expecta*” lo que adviene y, en semejante temple, coloca a la existencia en trance de “estar lista” o “preparada” para hacer frente a lo eventual, sea esto lo que sea.

Para comprender lo dicho a fondo —y detectar los complejos mecanismos de semejante temple— se impone una tarea descriptiva. Ella nos llevará a deslindar la Expectativa de los actos afines que hemos mencionado como derivados o matices adjetivos de su realidad.

### III

#### DESLINDE DE LA EXPECTATIVA

Hemos dicho de la Expectativa que ella cuenta con la llegada de algo determinado y que, a pesar de la indeterminación del contenido de ese algo, en el fondo no puede ser engañada por tener conciencia de la posibilidad de sucumbir ante el mismo engaño. Esto la hace diferenciarse radicalmente del Presentimiento. En este último la susceptibilidad de sucumbir ante el engaño es ilimitado y ello en razón de que el Presentimiento obedece muchas veces a meros caprichos subjetivos, a construcciones de la fantasía, o a juegos de la ilusión. Contrariamente a lo que sucede en la Expectativa —donde el temple se origina en estrecha conexión con el acontecer real de lo más real de la Existencia— en el Presentimiento puede suceder (y de

hecho sucede la mayoría de las veces) que el pre-sentir de la llegada de algo que se acerca sea fruto efímero de un espejismo vago y vacilante, de una ilusión hipnótica o taumática, o, en síntesis, de una pre-afección meramente subjetiva sin enraizamiento en lo real. Consecuencia de ello es la falta de conciencia ante el engaño que exhibe frecuentemente el mero Presentir. No es el caso de que —como sucede en la Expectativa— uno pueda ser víctima del engaño, sino, que, incluso, no hay una asomo de conciencia frente a ello. Quien tiene un presentimiento se limita a esperar confiadamente que “lo presentido” se confirme, o a que ello no suceda realmente, sin poder siquiera dar seguridad acerca de si acontecerá determinadamente su llegada. También por esto se distancia el Presentimiento de toda Expectativa. En esta última, si bien no puede asegurarse que el contenido concreto tendrá las determinaciones prevenidas, al menos la conciencia expectante se encuentra en todo momento acompañada de la más absoluta certidumbre de que el curso de los acontecimientos traerá la plena e irrevocable terminación de aquello que se acerca y, por supuesto, su llegada inexorable.

En un sentido muy semejante al Presentimiento hay que hablar de la Sospecha —cuya raíz latina “*suspectare*” habría que rescatar para comprender aún más profundamente su afinidad con el “*expectare*” en la cual se trata, de una forma modificada de la Expectativa, pero cuyo ingrediente capital es también la Fantasía y la Ilusión. Sucede con ella, como con el Presentimiento, que en lugar de estar afincada en lo real —y de prevenir la llegada de lo Por-venir como algo absolutamente encadenado al devenir ontológico del acontecer temporal— previene, sí, pero sin conciencia ni certidumbre de ninguna clase. La Expectativa, al contrario, no sólo previene el Advenir de los sucesos, sino que, en previsión de su real desenvolvimiento y en la certeza de su inexorable llegada, se conjuga existencialmente con el temple de un radical “*estar preparado*” y “*estar dispuesto*” para hacer frente a lo que llegue, sea esto lo que fuere. La Sospecha y el Presentimiento flotan, en cambio sobre el vacío de un mero prevenir o prever algo que puede llegar o no llegar, advenir o no, faltando en rigor toda conciencia acerca de su inexorabilidad y, a veces, incluso, de su aproximación o acercamiento. La Expectativa, al contrario, es un temple donde semejantes determinaciones son absolutamente indispensables y esenciales. Es más, sin ellas no hay ni puede existir la Expectativa en cuanto tal.

Teniendo una estructura prospectiva en cierta forma semejante a la de todos estos actos, pero con un sentido radicalmente antagónico al de la Expectativa, nos topamos con la

“*avidez de novedades*” o (como también podríamos llamarla) la “*curiosidad*”.

No es difícil distinguir entre éste y aquel temple, puesto que, en el último de los nombrados, intervienen elementos que lo separan radicalmente del primero. En efecto, ingrediente primordial de la “*avidez de novedades*” es el afán y el placer por la Sorpresa. Heidegger —en su magistral estudio acerca de este temple— remontándose a San Agustín lo hace emparentar con la *Concupiscencia*, siendo ésta, más que un simple y formal “placer o gusto de los ojos”, un genuino gozo ante los aspectos siempre nuevos o novedosos del mirar en torno. Pero en semejante temple, donde se busca lo nuevo sólo para saltar ininterrumpidamente de ello a lo más nuevo y novedoso, papel y función preponderante juega la Sorpresa y el dejarse sorprender. El ávido de novedades, el curioso, quiere que se lo sorprenda, y, si es cierto, que su actitud es siempre un estar extasiado hacia el futuro, semejante éxtasis se orienta sólo por el deseo de lo sorpresivo y novedoso. Nada más alejado de esto que la Expectativa. Es ella un tenso esperar lo que adviene, no movido por el afán de ser tomado por sorpresa y evadir con ello el tedio o el fastidio de lo actual, sino porque lo que adviene mismo arrastra hacia la Expectación. La Curiosidad, por el contrario, no es que se sienta o experimente “arrastrada” a prevenir la llegada de algo que se acerca inexorablemente, sino que ella vive en trance de buscar constante y ávidamente algo advenidero que le produzca el placer concupiscente de “lo novedoso”. No se preocupa, tampoco, por tener certidumbre o certeza de su contenido —ni mucho menos por colocar a la existencia en trance de “estar preparada” o “lista” para hacer frente— sino que su actitud es la de un buscar y evadir al propio tiempo el contenido de aquello que se acerca. Hartmann la caracteriza con toda justicia cuando la describe del siguiente modo: “No sólo no está a la expectativa de lo determinado, que tampoco sospecha, sino que ni siquiera quiere sospecharlo”. Y es que a la Curiosidad no sólo le falta conciencia de la inexorabilidad de lo que se acerca, y carece de toda preocupación por el engaño, sino que, radicalmente, su intención es absolutamente antagónica a la de la Expectativa. Mientras ésta entiende su prevención hacia el Advenir para esclarecer incluso la propia Actualidad de la Existencia, la Curiosidad —previniendo hacia el futuro— evade todo vivir en medio de lo Actual en un constante afán por evadirse. La Expectativa, en cambio, es una responsable actitud asumida en trance de vivir en plenitud lo acongojante de la Existencia actual y lo inescrutible que lo advenidero puede tener en relación a ella.

Por eso más cerca a la Expectativa que la Curiosidad se halla la Esperanza. En ella hay clara conciencia del advenir de

algo independiente de nosotros, e incluso de un contar con su independencia, pero hay también una actitud que, a pesar de esto, la diferencia radicalmente de la nuda Expectativa. En efecto, el que vive en temple de Esperanza —contrariamente de aquel que vive en la Expectativa— no se resigna a contar con la llegada de algo perfectamente inescrutable, sino que, falsificando hasta cierto punto el curso óptico de ello, previene en lo que se acerca el signo de algo que representa un positivo valor para la vida, un advenir afortunado, un suceso preñado de felicidad futura. De aquí el matiz de optimismo que colorea, como un acompañante, a todo temple de Esperanza. De un modo radicalmente contrario a lo que sucede en la Expectativa —donde frente a lo inescrutable de lo porvenir la Existencia está dispuesta a recibirlo sin poder prever ni contar con que ello sea un algo positivo o negativo (sino solamente “algo que se acerca” en cuanto tal) y donde la actitud concomitante es un estar dispuesto o preparado para hacerle frente— en el temple de Esperanza la Existencia parecería anticipar en su gozoso aguardar que aquello que se acerca traiga un positivo incremento de felicidad, un contenido valioso para la vida, y, en síntesis, un signo de buena fortuna. Por ello se diferencia tan radicalmente de la desnuda y verdadera Expectativa. En ésta no hay gozoso ni medroso aguardar. Su anticipar es perfecta y absolutamente neutro: ni pesimista ni optimista. No selecciona ni previene valores o contravalores de ninguna clase. Templada frente a lo advenidero, la Expectativa se mantiene en tensa prospección contando solamente con que ello se acerca y nada más. Frente a la inexorabilidad de su llegada sabe que se debe “estar dispuesto” para todo, y, en semejante temple, es también pura Expectativa y nada más.

#### IV

### HOMBRE Y MUNDO

Pero ya es hora de formular una esencial pregunta. Pues si hemos descrito vivencialmente los rasgos de la Expectativa, y encima hemos logrado deslindarla de algunos temples afines con los que corrientemente se confunde, nos hallamos ahora en óptimas condiciones para plantear la siguiente y radical interrogante ¿Qué es aquello que esperamos? ¿Sobre qué término incide esa Expectativa que conmueve y sostiene la existencia del hombre americano? La pregunta, sin embargo, no puede ser contestada sin rodeos. Por tratarse justamente de una Expectativa no es posible, sin alterar las cosas, fijar o señalar un contenido concreto para ella. Mas, en tanto que su ser en general es el de un acto prospectivo, bien podemos afirmar que el

correlato intencional de semejante Expectativa es "algo que se acerca", vale decir, algo que adviene. ¿Pero ganamos algo con ensayar una determinación tan general o debemos preguntarnos (aun sin aludir a un determinado "contenido") qué es aquello que esperamos en cuanto "algo que se acerca"? ¿Pero cómo saberlo si justamente la Expectativa rehusa —por esencia— saber qué sea aquello que se acerca? Sin embargo, por lo pronto ya sabemos —y sea dicho sin reservas, que "aquello que se acerca" no es un término ilusorio, ni algo que el hombre americano busque para satisfacer una avidez de novedades, ni tampoco un algo confundible con un valor apetecido o esperado como resultado de un posible azar afortunado. Sabemos además —con un Saber que no es meramente intelectual sino un saber de la conducta en la cual ello se nos revela como un "algo" con lo que tenemos que contar —que "lo que se acerca" adviene— inexorablemente hacia nosotros y por eso que (como un dato comprobable en todas las conciencias) sentimos y notamos que nuestra existencia se encuentra en actitud o temple de estar lista o preparada para hacerle frente. ¿Pero qué es, entonces, lo que así nos hace frente y suscita nuestra Expectativa?

Ello es —he aquí una de las tesis fundamentales de este ensayo para lo cual se ofrece como único testigo la voz de la conciencia histórica —la presencia adviniente de un "Nuevo Mundo" y cabe él (como su habitante y morador) la presencia advenidera del hombre americano.

Mas, si es cierto que podemos poseer un "saber" emocional y prospectivo sobre todo, esto, e incluso testimoniar la realidad en sí de su presencia... ¿qué nos justifica cuando hablamos del "Nuevo Mundo" y del hombre americano como de "algo" que se acerca? ¿Quién es ese hombre americano del que hablamos tan confiadamente, admitiendo incluso que no ha llegado aún? ¿Por qué creemos y contamos con que el "Nuevo Mundo" y su habitante se acercan inexorablemente, si ya, incluso, vivimos sobre ese "nuevo" Mundo y nosotros mismos somos hombres que en él moramos y habitamos?

¿Acaso no está diciendo ello —por sobre cualquiera otra determinación— que subrepticamente se ha deslizado una "creencia" con la que contamos (fruto por lo demás de un determinado "temple") y la cual nos hace aparecer el algo que se acerca como aún no siendo todavía? ¿O es, al contrario, que aquello que se acerca es ya, y en nuestro más íntimo ser radica ese temple que lo hace aparecer como un no-ser-siempre-todavía?

La insistencia de esta pregunta —después de todo cuanto llevamos dicho— significa algo más que una simple reiteración formal. ¿Pues no acusa y pantentiza ella la presencia de un

círculo vicioso? ¿O será que el círculo vicioso se impone en este caso?

En efecto, se impone un círculo vicioso y en él —aunque sue-  
ne un tanto a paradoja —se exhibe o se revela un rasgo de  
nuestro propio ser definido como “Expectativa”. Pues si he-  
mos descrito nuestro más íntimo ser en cuanto “Expectativa,  
al ser así tenemos que esperar al Mundo (Y cabe él a nosotros  
mismos, en cuanto somos sus moradores o habitantes) como “  
*no siendo todavía*”, valga decir, como “algo que se acerca”  
—esencialmente advenidero o por llegar— y por eso como aún  
no actual. La Expectativa como temple fundamental de nues-  
tro ser —al hacer que éste consista en un radical pre-ser-  
presente que se halla pre-afectado por lo por venir — obliga a  
que extasiemos nuestro Mundo en torno como un algo “adve-  
nidero” —como Mundo por venir o por llegar— y, en cuanto  
tal, como “Nuevo Mundo”. Mas lo propio acontece en rela-  
ción a lo que podemos llamar nuestra existencia. El americano  
siente que el hombre que hay en él (y que mora cabe un Mun-  
do en torno esencialmente advenidero, antes de ser algo ya he-  
cho o acabado, y de lo cual pudiera dar testimonio como acer-  
ca de la existencia de una obra o de una cosa concluida, es algo  
que “se acerca”, que está llegando a ser, que aún no es, pero  
que inexorablemente llegará a ser. Bajo esta forma, la propia  
comprensión de su existencia se la revela como un “No-ser-  
siempre-todavía”: síntoma inequívoco del ser esencialmente  
“Expectativa”.

Pero dicho lo anterior deben aclararse necesariamente algu-  
nas perspectivas que precisen mejor estas cuestiones. Pues justo  
es decir que, si bien muchos llegan a descubrir semejante dato  
—y, en consecuencia, a objetivar la comprensión del ser históri-  
co, del hombre americano como un “no ser todavía”—, sin  
embargo, muy pocos son los que llegan a elevar su reflexión  
hasta esclarecer lo que en el fondo de semejante dato se descu-  
bre, dejando todo sumido en la más perniciosa oscuridad.  
Pues incluso la fórmula empleada para consignar el dato —la  
expresión de un vago y vacilante “*no ser todavía*” que designa  
la comprensión de ser —constituye inevitablemente una falsa  
perspectiva si, como se acostumbra, se le interpreta vulgar-  
mente como un estadio apenas transitorio de un devenir histó-  
rico y, en consecuencia, se cree ver en el ser histórico del hom-  
bre americano algo que aún no es y que con el correr del tiem-  
po llegará a ser. Frente a semejante interpretación hay necesi-  
dad de aclarar que, por ningún respecto, el ser histórico del  
hombre americano y el dato que revela su comprensión exis-  
tenciaria, pueden ser vistos o explicados como si ellos expresa-  
ran que aquel ser es o constituye un mero episodio temporal  
inacabado y por complementarse. Al contrario, lo que están

testimoniando y revelando es la esencial y permanente estructura de un ser en perfecta plenitud y ya existente. No es — como decimos que aún o todavía no seamos y que, con el correr del tiempo, o por algún azar histórico, llegaremos a ser, sino que, esencialmente, somos y seremos un “no-ser-siempre-todavía”. Tal como se ha dicho, no hay que confundir el rasgo de privación que expresa el “todavía” con una simple nota negativa, sino, al contrario, si esa fórmula es correcta, ella está expresando un rasgo positivo acerca de nuestro ser. Reside éste justamente en “ser siempre” de ese modo.

Lo mismo sucede si —partiendo de nuevo de la misma fórmula: “no ser todavía”— se creyera que nuestro ser consiste en un simple y mostrenco “no ser” (lo cual obligaría a interpretarlo bajo la estructura ontológica del “accidente” y a enfrentarlo así con la “substancia”, sinónima de “ser en plenitud”) ya que en ello hay un error de apreciación. Nuestro “ser”, antes que un “no ser”, es plenamente “ser” y no ser tal (*pero ex-tasiado en el Advenir por obra de una fundamental Expectativa*) constituye un siempre y reiterado “no-ser-siempre”, siendo, sin embargo, ya, en absoluta plenitud.

Mas, al propio tiempo, se impone aclarar otra cuestión. Y es la de que, por ser el temple primordial del hombre americano una radical Expectativa, ese hombre no anticipa lo que adviene “esperando” de ello algo “mejor” (o, al contrario, algo “pero”) en relación a su Presente. Si el hombre espera el Porvenir, la expectación cuenta con ello simplemente como con algo inexorable que se acerca. Ni para bien, para mal, puede el hombre americano “expresar” su porvenir. Lo espera, simplemente, como algo esencialmente advenidero que él no es capaz de escrutar en su concreto contenido, y frente a cuya inexorabilidad, la actitud que asume es un “estar preparado” para hacerle frente. Es, por tanto, errónea la interpretación del ser del hombre americano que, partiendo del dato de su esencial temple prospectivo, confunde la Expectativa con la Esperanza. Y es sólo una ilusoria hipótesis aquella que le adscribe a la existencia americana un destino mesiánico gracias a los dones que le deparará una hipotética fortuna que el tiempo se encargará de traer en su correr de días o de siglos.

Si se interpreta sin falsificaciones el dato de su esencial constitución, al hombre americano le está rehusado esperar o temer un porvenir feliz o infeliz por obra del azar o la fuerza moral de su esperanza. Simplemente está en medio de los sucesos. Su existencia se encuentra preparada para hacerles frente, previniendo su advenir en una radical Expectativa. Es por esto que su porvenir concreto depende solamente de su acción.

## V

### EL PROBLEMA DE LA ACCION

Lo que se acaba de expresar constituye el mejor alegato que por adelantado pudiera presentarse para evitar que, como un resultado de nuestra meditación, se pueda creer que aconsejamos la inacción como aquel modo de ser o conducirse que debería asumir el hombre americano en consecuencia de la radical Expectativa que lo embarga. Si es cierto que mediante ella se encuentra imposibilitado para escrutar el contenido de aquello que se acerca, y, en consecuencia, tiene perfecta y transparente conciencia de que puede ser engañado y hasta burlado por el curso de los sucesos, no menos cierto es también que, como ingrediente básico de aquel temple, hemos revelado la actitud concomitante del "estar preparado" para hacer frente al Advenir. Y es justamente de semejante actitud de donde brota el germen de la Acción que estatuye programáticamente toda Expectativa.

Pero indudablemente que el problema se plantea acerca del modo de la Acción y sus posibles resultados. ¿Pues cómo actuar si hay conciencia de que, siempre e inevitablemente, acecha el peligro de ser engañado y con esto del fracaso? ¿No debe encaminarse toda acción al logro de una meta positiva y de beneficios y valores para la existencia? Pero justamente lo difícil de la situación radica en cómo lograr esto si ni siquiera sospechamos qué signo o sentido tendrá para nuestra existencia aquello que emprendamos.

¿Qué significa, entonces, "emprender una acción"? ¿Significa acaso, adelantarse ciegamente hacia el porvenir, o significa "planear" y "proyectar" un porvenir desde el puro presente y desde el saber que nos otorgan las actuales circunstancias?" En verdad: ni una ni otra cosa. Actuar —y actuar con sentido y con conciencia significa planear el futuro desde el Advenir afincando la conciencia en sus actuales signos. Sin embargo, en ello radica el máximo problema. Pues, ¿Cómo planear o proyectar el Porvenir desde lo advenidero si no sabemos nada acerca de esto último, e ignoramos totalmente su sentido? ¿Pero es cierto lo que se acaba de expresar? En absoluto. Pues el hombre americano sí es capaz de presentir y anticipar su propio Porvenir en los signos de lo Presente-advenidero. Ello es posible, justamente, porque así se le revela gracias al temple de radical Expectativa que lo embarga.

Pero lo que hay que recalcar es que la forma bajo la cual se le hace presente aquello "advenidero" es precisamente esa que hemos dicho: un no-saber su contenido. Sin embargo, ¿no es ello base suficiente para planear la Acción? Su "estar preparado" le dicta —como norma— que todo puede acontecer, que



existe la más radical posibilidad de engaño y desengaño... ¿No brinda una base semejante —y aunque suene a paradoja— un suelo de firme realidad con la que el hombre americano puede y debe contar para emprender su Acción? Así, honestamente, lo creemos. Y también confiamos —sea dicho de paso— en que, partiendo de esta base, queda trazado y diseñado un programa racional para la acción del hombre americano. Pues irracional sería actuar transformando las bases de la Expectativa y contando simplemente con presentimientos y esperanzas. El hombre americano debe saber y tomar conciencia de que su Acción es un “*problema*”. “Resolverlo” significa partir desde sus propias bases de sustentación.

Estas son las que revela su radical Expectativa.

Nada se ganaría confiando en la Esperanza y creyendo que “lo que se acerca” traerá (sea cual fuese nuestra Acción) un incremento de valores positivos. Es ello lo que acontece y se trasluce en ese vacío y peligroso temple de falso optimismo en que parecen vivir muchas conciencias, respaldadas por el brillo engañoso de las riquezas del suelo americano. Hay que repetir —para hacer tomar conocimiento de la verdadera situación— que así como tales riquezas pueden significar un hecho favorable, pueden también llevar, ocultos en su seno, los gérmenes de nuestro propio enajenamiento y destrucción. La riqueza del continente americano, sus grandes fuentes de energía y potencial humano, la situación privilegiada de su territorio para albergar el desarrollo de la humanidad, bien pueden trocarse imprevistamente en signos negativos. Es un error vivir soñando en América como “reino del futuro”. El futuro puede hacer que América resulte un botín apetecido para cualquier imperialismo, y, bajo tal hegemonía, su suelo y su habitante podrían transformarse en simples materias primas para el funcionamiento de una gran factoría colonial. Su única función consistiría entonces en servir de fuente de sustento para colmar las necesidades de otros pueblos. El vivir de vanas esperanzas debe ser completado con este rebato de temor.

Pero ni en esperanza ni en temor debe vivir el latinoamericano de hoy. Debe sólo ejercitar su expectativa. ¿Pero qué tipo de Acción se desprende de semejante temple?

La acción del hombre expectante debe ante todo no dejarse engañar. Para ello sabe, de entemano, que puede ser burlada por el advenir. Esto quiere decir: debe planear su futuro desde el convencimiento o la creencia de que puede ser perfectamente estafada en sus prevenciones. Esta acción debe contar con lo fortuito, y, a la vez, debe tratar de dominarlo. ¿Cómo lograrlo? Justamente exaltando la conciencia del “estar preparado” para todo y frente a todo aquello que se acerca. Lo que se acerca es el “Nuevo Mundo” y somos también nosotros mismos

en cuanto sus moradores. El hombre americano debe saber que este "Nuevo Mundo" no es una realidad ya dada, ni que llegará a ser, por sólo azar de la fortuna, una especie de "tierra prometida" llena de frutos y de bendiciones. Debe saber que el "Nuevo Mundo" se acerca, pero que, incluso, en el caso más extremo, puede hasta no llegar a ser un "Nuevo Mundo". Quiere decir esto que el Hombre americano debería comprender que se halla expuesto radicalmente a no tener su "Nuevo Mundo". Oigase bien: a "no tenerlo", ya no sólo a "perderlo"... , pues ni siquiera lo ha ganado definitivamente todavía como un peculio perdurable y permanente. El "Nuevo Mundo" resplandece en su existencia y se le ha "descubierto" mediante su radical Expectativa. Pero la Expectativa — si bien se la comprende— es sólo el Presente de algo advenidero.

Nada más lejano que confundir a esto con un obscuro pesimismo. Así como desechamos la Esperanza —y el infecundo temple de un optimismo a duermevela— rechazamos todo pesimismo agorero e infecundo. El hombre americano puede "tener" su "Nuevo Mundo" (como de hecho ya es posible el comprobarlo), pero el *mantenerlo* definitiva y permanentemente depende íntegramente del sentido de su Acción. ¿Pero cómo actuar si no sabemos incluso lo que debemos hacer? ¿Es esto cierto? ¿No es el "estar preparado" una forma ya de Acción?.

En efecto, esta es nuestra última consecuencia. La Acción del hombre americano debe ser un "estar preparado". Lo extraño de este programa es que, hasta ahora, se hace difícil comprender cómo el "estar preparado" —que más bien parece un temple de conciencia que constreñiría a la inmovilidad, o cuanto más, una simple conciencia que precedería a toda Acción —puede ser tomado como modelo de una efectiva Acción que garantizaría *eo ipso* la posesión permanente de nuestro "Nuevo Mundo".

Sin embargo, hay gran necesidad de insistir en que eso que llamamos un "estar preparado", o "estar listo y dispuesto", no es una simple "pre-acción", o un mero temple de conciencia que preceda a una genuina y efectiva Acción. El mismo —ya— es un temple activo y envuelve un esencial dinamismo. El "estar preparado" es una Acción mediante la cual el hombre, actuando en un presente, previene el porvenir. Lo que define a semejante temple en su más hondo sentido es que la Acción presente (la actividad actual) se adelanta al porvenir preparando su llegada. Si el hombre toma conciencia de que aquello que se acerca puede engañarlo, y, sin embargo, quiere estar preparado para hacerle frente, su Acción debe contar con ello.

¿Pero no dejamos con esto en la mayor desventura al hombre americano? ¿No estamos diciendo, acaso, que él es un ju-

guete en manos del destino, y que, en el fondo, debe abandonarse a ello y resignarse a lo que sobrevenga?

La palabra "resignación" debe ser proscrita del alma americana, si cabe la metáfora. Pues sin duda acecha el peligro —y no queremos ocultarlo— de que la Expectativa, si no se entiende bien, desemboque en esa fatal resignación que muchos quisieran explicar como un insuperable rasgo de nuestro ancestro indígena. Pero no hay "resignación" si sabemos ver a fondo en el "estar preparado". Pues éste no quiere decir un aceptar callada y abandonadamente la llegada de los acontecimientos, sino prepararse para hacerles frente adelantando incluso la prevención para su engaño. Nada más lejano de la "resignación" que esto. "Resignados" estaríamos si nos confesáramos impotentes para "estar preparados". Pero no es así.

El hombre americano dispone de una natural potencia para hacer frente a los sucesos. Esta potencia podría incluso elevarse hasta un afán de poderío material, y aun siendo fiel a una radical Expectativa, planear el futuro desde el Advenir construyendo obras para dominar el posible "mal que encierre aquél. Esto sería indudablemente una juiciosa reflexión moral. Pero el testimonio de nuestra conciencia nos alerta que ni el mal ni el bien del Advenir nos pertenece, y queremos ser fieles a ella en esta reflexión. Mas de nuevo preguntamos: ¿quiere decir esto que despojamos al hombre americano de toda posibilidad, fuerza o potencia, para delinear el porvenir? ¿Es que, acaso, él no dispone de un Ideal— el suyo propio— con qué planear lo que advendrá? ¿No dispone todo hombre —y toda época— de una autoimagen, la cual, proyectándose hacia el futuro, sirve para planear los pasos de la colectividad? ¿Por qué razón el hombre americano no puede ser capaz de proyectar sus propios ideales y modelar con ellos el diseño de su futuro y de su "Nuevo Mundo"? Sería muy fácil —si alentásemos cualquier suerte de compromiso filosófico o político— hacer intervenir un factor imponderable que hiciera variar el curso de estas reflexiones. Pero creemos que, por sobre todo ello, el que medita debe ser fiel al testimonio que le dicte su personal conciencia.

—Si el hombre americano actuara así — o dicho en otra forma, si modificase el radical temple de su Expectativa— no fuera el hombre americano. Nuestro sino y destino consiste en ser fiel a esta conciencia y en actuar conforme a sus imperativos. Por lo demás, si ello se comprende con absoluta transparencia y en lo profundo de sus mandamientos, una Acción encaminada y guiada por la Expectativa nos colocaría en situación privilegiada dentro del concierto de la Historia Universal. Pues sólo obedeciendo a aquel destino, nuestro ser vendrá a la luz y

alcanzaremos la "originariedad" que se oculta en el ser americano.

¿No está diciendo y reiterando el temple con que aguardamos esta "originariedad" que vivimos en su Expectativa y a ella estamos enlazados ¿Pero cómo desentrañar lo originario que en esta Expectativa transparece y hace más profunda la posible Accin que ella diseña?

## VI

### PROGRAMA DE UNA FILOSOFIA "ORIGINAL"

Debe ser tarea de una Filosofía traer hacia la luz —iluminar— la experiencia del Ser. Este es el camino que hemos querido bosquejar y cuyos resultados, sea cual fuere la suerte que ellos corran, serán siempre los menos importantes. Pues lo que más importaba señalar era el camino a seguir para encontrarlos. Valga decir, para lograr un acceso hacia la interpretación de la experiencia del Ser por el hombre americano dentro de su mundo.

Si se recapitulan los pasos que hemos dado podrá verse claramente el itinerario y la meta perseguida. En efecto, partiendo desde el "dato" de que, por ser americanos, en nuestro "ser" tenemos ya una comprensión de América (de nuestro "ser americanos") —en la que se halla implícito el sentido de ser "nuevo" (original) de nuestro "Nuevo Mundo"— enseguida debimos preguntarnos por las condiciones de posibilidad de semejante "comprensión". Así se descubrió el contexto o estructura de un haz de actos prospectivos —cuyo temple básico está representado por la Expectativa— como fundamento posibilitador de semejante "dato" de extracción preantológica. La Expectativa se reveló entonces como la raíz de nuestra experiencia del Ser y sólo en base de ella se hizo posible comprender nuestra propia concepción del mundo, e, incluso, el "dato" de notar a nuestro ser como un esencial *no-ser-siempre-todavía*. Ello vino a esclarecer, y en cierto modo a reiterar existencialmente, el afán del hombre americano de hallar o encontrar la "originalidad" de su más íntimo ser. Por ser esto algo que no se tiene todavía, que se nota o se siente adviniendo, eventual, pero también inexorable (como un "Fin"), la Existencia tiende hacia ello como hacia su más propia posibilidad de ser.

Pero ello está diciendo que, si como tal se asume o se concibe, esa posibilidad no es cualquiera, o una entre muchas, sino que es —por ser la más propia y peculiar— la que diseña a la vez el sentido que le imprime autenticidad o propiedad a la Existencia. El americano sabe —con un "saber" preontológico,

que es como decir, “*cree*” o “*tiene en cuenta*” —que sólo siendo “originario” alcanzará su ser auténtico. Una de las vías esbozadas para acercarse hacia ese estadio ha quedado diseñada: en la Acción. ¿No hay, acaso, otros caminos para llegar a ello?

En efecto, sí los hay, y entre los muchos que parten del hontanar de la Existencia, quizás sea el “filosofar” uno de los que posee más elevada dignidad y jerarquía. Pero la “Filosofía” por hacer, si quiere ser un camino que conduzca a la “originalidad” —valga decir, hasta la Existencia auténtica— tiene que ser, a su vez, “*original*”. ¿Pero qué quiere decir “*Filosofía Original*”? ¿No entraña esto un contrasentido en su concepto y hasta un dislate histórico?

Efectivamente, absurdo es pensar siquiera que “lo original” de la Filosofía americana pueda consistir en ignorar, olvidar, o despreciar, el patrimonio filosófico que, como fruto de un arduo y permanente esfuerzo, es hoy en día un acervo de la Humanidad. América no puede —y no debe, a menos de que asuma una actitud tan necia como absurda— concebir o creer por un momento que su quehacer filosofante puede desentenderse de las conquistas universales de la Filosofía. Si así lo hiciéramos, antes que “filosofar”, deberíamos dedicarnos a construir cavernas y volver a los tiempos primitivos. Al contrario, todo intento que persiga inteligentemente la “originalidad” debe contar con el total patrimonio del tesoro filosófico acumulado por el hombre. Sólo desde él, y en base de los resultados esclarecidos por un Saber riguroso y objetivo, puede comenzar la tarea de proyectar una Filosofía “original”.

Pues la “originalidad” no consiste en los “métodos” —ni incluso en la textura formal de los “conceptos” —sino en aquello que se ilumina “originalmente” (valga decir, en su “origen” u “originalidad”) aun cuando se empleen para ello “métodos”, “nociones”, y “conceptos” ya sabidos y perfectamente conocidos. Aún más: mientras más conocidos y de más reconocida vigencia sean los “conceptos” y “métodos” que se utilicen en labores semejantes, ello puede incluso ayudar a que lo iluminado originariamente alcance mayor seguridad y rigor mediante las intelecciones conquistadas. Una vez aseguradas éstas puede ocurrir que, desde ellas, se note la necesidad de instaurar nuevos métodos para avanzar y ahondar originalmente en la posterior conquista de la “originalidad”; o que, como históricamente ha sucedido, las intelecciones originarias obliguen a una reforma total en la textura de los conceptos y significaciones categoriales hasta entonces aceptados como válidos y comprensibles. Ocurre así que “lo originario” impone entonces una filosofía radicalmente “original” y una revolución en la Ontología dominante.

¿Pero qué es y dónde está lo “originario” que ha de proponerse iluminar y esclarecer la Filosofía americana? ¿Cómo lograr un verdadero acceso para hallarlo?

Las vías de acceso — “Método” en griego quiere decir “Camino” — son, como hemos dicho, múltiples y secundarias, y una reflexión tiene que ser consciente de que ellas, muchas veces, dependen de la circunstancia y altura de los tiempos y del propio objeto que se desea investigar. De todas formas, sin que por ello caigamos en un extremo dogmático o en una posición de escuela, creemos que el método de la hermenéutica existencial — de clara inspiración fenomenológica — posee señaladas ventajas para iniciar esa tarea, puesto que tiene la virtud de colocar a la investigación, sin más rodeos, delante del problema clave que hay necesidad de analizar.

Esto que llamamos “problema clave” es el recinto donde se halla guardada y encubierta “la originariedad”. Descubrirla e iluminarla es justo la tarea a realizar para alcanzar los contornos elementales de un verdadero “programa filosófico”.

La “originalidad” del hombre americano se halla encubierta — y allí tendremos que buscarla y descubrirla — en su peculiar manera de experimentar el Ser. Ella se revela y se expresa, por modo eminente, en su manera de vivir la historia, forjar sus obras y encararse con la tarea de pensar. Tras de todo ello resplandece que la experiencia de Ser que tiene el hombre americano acusa marcadas diferencias con las tradicionales experiencias del Ser que han tenido los hombres de otros tiempos y culturas. ¿Quiere decir ello que entre aquéllas y está se abre un abismo de separación insuperable? ¿Significa la “originariedad” una ruptura radical con la historia del Occidente y de la Humanidad? Esto sería una necedad tan solo presumirlo. La experiencia del Ser del hombre americano se encuentra emparentada con la historia de la experiencia del Ser realizada por la Humanidad en total y, sin embargo, en ella se acusan rasgos de una original “originariedad”. La “originariedad” consiste en la diversa forma de “comprender” el Ser y, por tanto, de objetivar su “sentido” y hasta sus “significaciones categorizables”.

La experiencia del Ser se realiza siempre desde determinada “*perspectiva*” (Vorblickbahn). Semejante instancia es la que funciona como fundamento originario de aquella “comprensión”. Por ello a la “perspectiva” desde la cual se comprende el Ser en la experiencia ontológica podemos llamarla “*El Origen*”. Este “Origen” — como el de toda experiencia ontológica — radica en el hombre mismo (y de allí la semejanza de toda y cualquiera “experiencia del Ser”, sea griega, medioeval o moderna) pero, justamente por estar el hombre sometido a una esencial contingencia frente al ser, aquel “Origen” puede

asumir modalidades y texturas diferentes a lo largo de la historia provocando una diversa "comprensión" del Ser y determinado *eo ipso* la variación de su "sentido" y el concomitante cambio en sus determinaciones y significados categoriales.

¿Cuál es ese "Origen" de la experiencia americana del Ser? En descubrirlo y esclarecerlo podría radicar el verdadero programa de una Filosofía "original". Sin duda alguna que para ello habría de tenerse en cuenta el *faktum* de que el hombre americano se ha encontrado a sí mismo existiendo cabe un "Nuevo Mundo" y que ello ha juzgado un preponderante papel en la aparición de su peculiar conciencia histórica. Pero abordar así la tarea sería reducir todo este intento a una mera labor historiográfica. Semejante proyecto —sólo de corte historiográfico y, por ende, reflejo y hasta secundario— debería ir acompañando de una investigación más honda y radical. Tal sería una verdadera *historiología* de nuestro ser histórico. Remontarse al "Origen" de la experiencia del Ser, que a su vez determina nuestra originaria configuración histórica, quiere decir descubrir e iluminar nuestro más entrañable "Origen". En semejante labor podría radicar y desplegarse —como hemos dicho— el verdadero programa de una Filosofía "original", pues al ser iluminada en su originariedad la experiencia ontológica del hombre americano, se abrirían nuevos campos para la determinación original del sentido del Ser y no sería extraño que pudieran descubrirse algunas determinaciones categoriales aún no acuñadas dentro del extremo repertorio ontológico que ha ido desplegando la Humanidad a lo largo del tiempo y a través de las diversas maneras de comprender el Ser. En forma alguna significaría ello una ruptura de nuestra experiencia ontológica con el desarrollo de la filosofía o el absurdo intento de sembrar un hiato histórico entre nosotros y el resto de la Humanidad. En la Historia (y más en la Filosofía en cuanto "Historia del Ser") no hay saltos ni emergencia repentinas. Señalar la existencia de una experiencia ontológica originaria significa tan sólo esclarecer la presencia del hombre americano en la Historia Universal a través de su encuentro con el Ser.

Por eso la tarea que hemos llevado a cabo nos parece que no se halla despojada de importancia. Si se comprende a fondo, fácil es adivinar qué papel tan capital juega en ello el temple de la "Expectativa como fundamento posibilitador-existencial" para el esclarecimiento de la experiencia del Ser realizada por el hombre americano. Sin embargo, frente a esto cabe hacerse una última pregunta, que no queremos dejar de formular a pesar de que no estemos aún preparados para contestarla: ¿Por qué se hizo tan radical y decisivo semejante temple de "Expectativa" en el hombre americano, ¿Cómo surgió del hontanar

de su existencia, y se hizo consustancial a él, ese notarse como un “no-ser-siempre todavía”?

América es un crisol de razas y culturas. En todas ellas, sin duda, ese elemento de la Expectativa existe como un ingrediente que afecta y modela la Existencia. ¿Más qué milagro o prodigioso azar hizo de ella el temple radical que distingue hoy al hombre americano? ¿Fue verdaderamente una cuestión del puro azar —fáctico y nudo— o existe un fundamento oculto —comprensible como tal— que permita esclarecer y dar sentido al por qué de semejante advenimiento?

Ello está expresando y reiterando que todo parece desembarcar y resolverse en una Filosofía de la Historia. Núcleo importante para iniciar su desarrollo— por constituir su base o fundamento previo debe ser el esclarecimiento *ontico-ontológico* del Hombre y del Mundo americanos.

Tal vez las ideas que hemos expuesto en rápido bosquejo puedan servir de incitación para el demorado y riguroso estudio que semejante tarea nos reclama si comprendemos lo que significa existir “originariamente”.



Siendo director general de Publicaciones José Dávalos se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.  
Se tiraron 10,000 ejemplares.





**TOMO IX:**

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO. 90. Mariano Picón Salas, AMERICAS DESAVENIDAS.

**TOMO X:**

91. Daniel Rodríguez, LOS INTELLECTUALES DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN LA DECADA DE 1890. 92. Antenor Orrego, LA CONFIGURACION HISTORICA DE LA CIRCUNSTANCIA AMERICANA.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

**SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

**SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea

**COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Leonel Pereznieto Castro

**CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Lic. Elena Jeannetti Dávila

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Dr. Efrén C. del Pozo.